

## CAPITULO XVIII

EL 11 DE ABRIL DE 1859

## I

Al Sur de la ciudad de México, más acá de las montañas de Ajusco, que cierran el fondo del paisaje, se abre un ancho anfiteatro de colinas desnudas que en época remota se llenaban de sombra bajo el ramaje de macizos y corpulentos cedros.

La segur del hombre y luego las lluvias que arrastraron las tierras hasta la planicie del Valle, sólo dejan algunos lugares vírgenes, verdaderos oasis, que abrigados entre los pliegues del terreno, ofrecen todavía refugios a los ganados, lecho al caminante, hilos de cristal y auras puras a las aves y los jazmines.

Sobre una de esas manchas de florida verdura, se ve brillar el caserío y destacarse las torrecillas y las cúpulas de la «Ciudad de Tacubaya», que hace treinta años presentaba, como todos los pueblos de aquel lado del Valle y como los pobres del campo, un aspecto miserable y risueño.

Pero actualmente, sus casas todas pintorescas, algunas de ellas adornadas con arcos y elegantes columnas, cristales y mármoles, las tapias desbordándose en cascadas de flores y de oscuro ramaje, las ventanas con ajimeces cubiertas de plantas trepadoras, los patios atestados de vegetación tropical donde se oye el canto del zenzontle y el rumor de las fuentes, le dan el aspecto de una ciudad medio oriental; hoy tiende a convertirse en el retiro de la opulencia.

Tal es el lugar donde hace 38 años se consumó el crimen con que el Gobierno de la reacción creyó satisfacer a la sociedad mojigata de aquellos tiempos, airada contra un pueblo que desconocía la autoridad de los obispos, del ministro español y del ejército permanente.

## II

La ciudad de «Tacubaya de los Mártires» está situada de Norte a Sur, sobre el declive de una loma. El costado más alto, que da al Poniente, está separado por un arroyo, de otro repliegue, «Loma del Rey», que se dirige hacia el S. O., formando una especie de rampa que se eleva insensiblemente hasta el pequeño pueblo de «Santa Fe», sobre el camino de Toluca. De Santa Fe parte al N. E., una vereda, que se termina en la «Hacienda de los Morales».

Sobre la línea de la Loma del Rey, si se ve al Norte, se tiene a la derecha el «Molino del Rey» y la «Casa Mata», distante entre sí como quinientos metros, y un poco atrás

de estas dos fábricas, el bosque y el Castillo de «Chapultepec».

Siguiendo el ascenso de la loma, se deja abajo y a la izquierda el caserío de Tacubaya. En el primer término se ve la iglesia de «San Diego», vuelta de espaldas, y más adelante, la «huerta» y el edificio del «Arzobispado». En esa huerta se desenlazó el drama del 11 de abril de 1859.

Las bardas, ya decrepitas, todavía en pie, aunque restauradas en algunos puntos, conservan, sobre todo al Poniente, las señales del formidable fuego de fusilería a que estuvieron expuestas durante cinco horas.

Actualmente las abejas se han apoderado de aquel lienzo de adobes, y habitan en los agujeros hechos por las balas.

Así es la ley de los heroísmos sublimes. Aquel muro, como la libertad, acibillado por los fusiles de la reacción, vierte ahora miel y aromas por sus heridas.

## III

Dada esta idea general del terreno, creemos que el lector no encontrará dificultad para comprender lo siguiente:

La línea ocupada por la fuerza constitucionalista, apoyaba lo que pudiéramos llamar su ala derecha en el Molino del Rey y en Casa Mata; su centro en San Diego, y su izquierda en el punto más fuerte, el Arzobispado.

La posición en sí misma era excelente, pero no bastaban para cubrirla, los «dos mil quinientos» hombres útiles de que disponía Degollado.

Era de suponer que el enemigo, dividiendo sus fuerzas, pues podía hacerlo sin peligro, fijaría en su sitio, a los débiles destacamentos de la derecha, para caer sobre el Arzobispado con todo el peso de sus cañones y de sus columnas de ataque.

Márquez tenía un cuerpo de ejército de tres brigadas, que, unido a una caballería auxiliar y a las guerrillas, se elevaba a un efectivo de cuatro mil hombres con treinta piezas de artillería.

Su plan de ataque tenía por punto de vista principal cerrar a don Santos la retirada por el camino de Toluca, arrojarlo sobre la llanura que domina el Molino del Rey, y allí acuchillarlos con sus lanceros.

Para esto se resolvió a hacer un largo rodeo, saliendo por el camino de Tacuba y Popotla, tomando a la izquierda para entrar a la Hacienda de los Morales.

Siguió luego en dirección de Santa Fe hasta desembocar en el camino que de este pueblo va a la ciudad de Tacubaya, y que sigue, como hemos dicho, el dorso de la Loma del Rey.

Llegando por este camino puede desplegarse sobre la izquierda de la línea enemiga y tomarla de flanco, precisamente en la proximidad de la línea de retirada.

Ahora bien; los nuestros que se tenían firmes en el Molino, en Chapultepec y en Casa Mata, cubrían el camino de la Hacienda de los Morales, que Márquez les abandonaba. Tenían a su disposición el camino de Mixcoac y todas las veredas del monte. En consecuencia, no dieron gran valor a la marcha ni a la posición estratégica del ejército clerical, y, resueltos a levantar el sitio, se dispusieron a resistir a Márquez, simplemente para asegurar el movimiento de retirada.

## IV

El exiguo número de nuestras fuerzas está plenamente demostrado por la facilidad con que las tropas reaccionarias pudieron ejecutar, a tiro de cañón, una dilatada marcha de flanco para pasar de la derecha a la izquierda de nuestra línea.

Unos cuantos tiros que se les enviaron de Casa Mata, completamente inofensivos, apenas lograron inquietarlas.

El día 10, en la tarde, Márquez, llegado, como ya hemos dicho, por la Loma del Rey, había formado sus columnas de ataque a medio tiro de cañón, frente a las tapias del Arzobispado.

Como a las cinco de la tarde, se le ocurrió hacer un «reconocimiento», y él y Mejía hicieron jugar, por espacio de una hora, sus piezas de más grueso calibre.

Digamos de paso que este reconocimiento era inútil.

El número, la posición, las armas, el orden, las intenciones del enemigo, eran patentes. No se necesitaba irritarlo para que enseñara su dardo y sus antenas.

De otro modo hubiera sido imposible para los observadores de aquel tiempo, comprender cómo el general Márquez se hubiera atrevido a presentar una batalla, sin contar, como lo aconseja Montecúculi, con todas las probabilidades de la victoria.

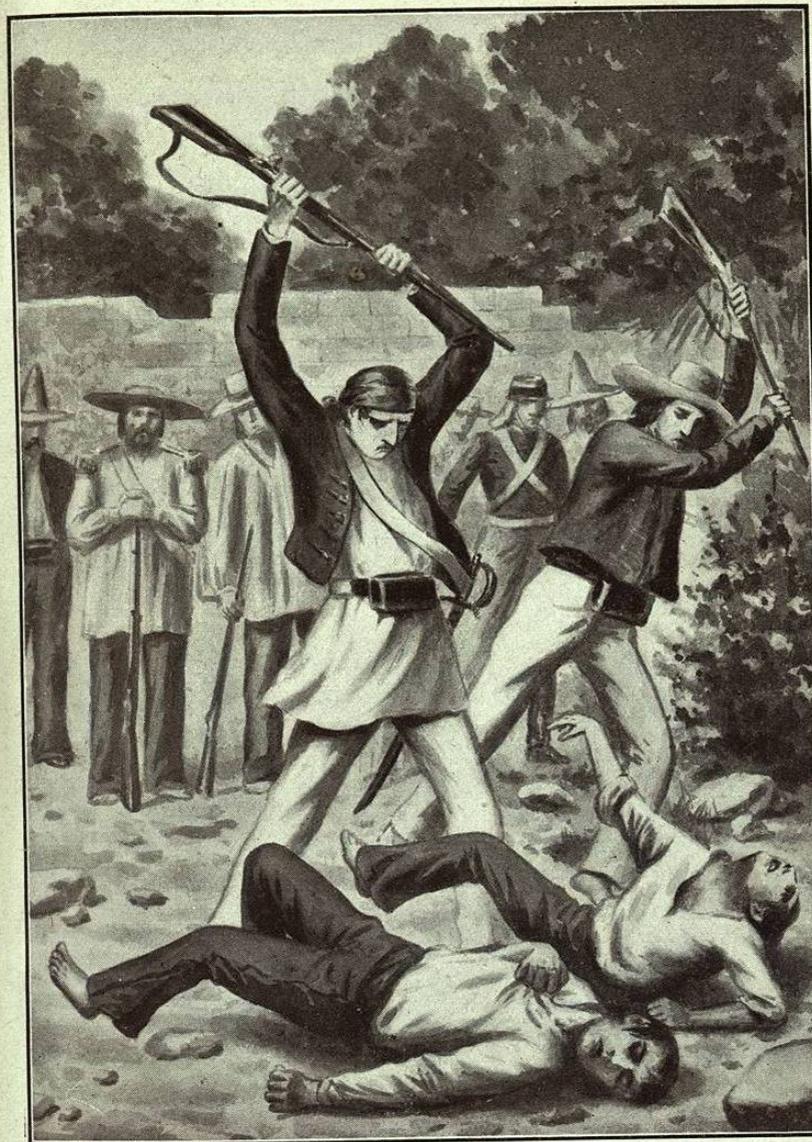
Los conocimientos técnicos de don Santos le eran familiares.

Los suyos propios se reducían a encerrar dentro de un círculo de cañones a los grupos de campesinos y luego cargar intrépidamente a la cabeza de sus lanceros. Sin embargo, hacia las doce juzgó conveniente reforzar un poco su izquierda; hizo adelantar otra batería, y esperó en silencio, en tanto que seguían su curso los astros y la noche.

Oprimiendo su espada entre las rodillas, su vanidad soñaba en la gloria y su devoción en el odio y en las venganzas.

## V

Claraba la mañana cuando en México se oyó distintamente el vigoroso cañoneo con que Márquez iniciaba el combate. Las alturas se cubrieron de espectadores.



...se acercaron a Juan Díaz Covarrubias, que imploraba la muerte, y lo remataron...

(Pág. 328)

Todas las miradas se fijaban con ansiedad en la ola de humo que rodaba de la Loma del Rey sobre la ciudad de Tacubaya.

Nadie dudaba del éxito de la partida.

— Esa fila de obuses—decían los partidarios de Márquez— cierra la única salida por donde pudieran escapar los facciosos. Su ejército está acorralado.

Los que se interesaban por don Santos, sabían muy bien con qué objeto se había acercado este caudillo a las inmediaciones de la capital, y preveían una retirada en orden, o al menos una dispersión en que serían sacrificados la artillería y el bagaje.

Los pormenores de la batalla no ofrecen hoy ni fueron entonces un interés notable para los inteligentes en materia de guerra. Un grupo de pueblo, que detrás y al frente de las bardas de una huerta se defiende, hasta donde es posible, contra un cuerpo de ejército provisto abundantemente de todas sus armas; un cañoneo insensato que, dura cinco horas y media; la reducción y el lento retroceso de nuestras fuerzas hasta el patio del Arzobispado; luego la llegada de las columnas, el avance de los cañones, de las reservas, y los nuestros saliéndose por la puerta de la calle, y batiéndose en retirada contra las caballerías: tal es el resumen de aquel combate.

Las tropas liberales se dividieron en varios fragmentos, alejándose por el camino de Mixcoac, que había quedado descubierto; por el camino de Toluca, que en el plan de Márquez debía cerrarse ante don Santos; por la Hacienda de los Morales, donde Zaragoza protegió la marcha del «grueso» de la fuerza; y al fin, a través de las lomas, por donde los audaces hallaron fáciles veredas, burlándose de la impetuosidad y de los planes del enemigo.

Márquez, que con la fuerza que disponía, pudo cerrar el paso a aquel miserable ejército, lo dejó retirarse en todas direcciones.

## VI

Manuel había quedado con la fuerza de Zaragoza, cubriendo la retirada.

Luego que ya todo estaba perdido, Pedro le dijo al oído a Manuel:

— Vámonos, porque dentro de poco seremos envueltos por el enemigo.

— Sería una desertión, ¡y eso nunca!—contestó Manuel.

— Pues procura no separarte del grueso de la fuerza, que el general Zaragoza es muy hábil.

En aquel momento pasaba Manuel Romero Rubio.

— Vámonos, Manuel; ya todo está perdido.

— No puedo—dijo el estudiante.

- Vas a caer prisionero.
- No importa.
- Es una obstinación—le dijo Romero Rubio.
- Estoy con mi deber.

Las caballerías se acercaban y Romero Rubio, envuelto en la nube de humo, desapareció con sus soldados.

Se le ordenó a Manuel que quedara en la vanguardia con una compañía, y Zaragoza se alejó pausadamente, camino de la Villa del Carbón.

Manuel sostuvo el fuego de avance de los reaccionarios; y cuando comprendió que todo estaba salvado, emprendió a su vez la retirada; pero ya había sido flanqueado, y cayó en poder del enemigo.

## VII

El segundo acto, es decir, la operación técnica que sigue al combate, la «persecución», tomó naturalmente una forma en armonía con el carácter de los vencedores.

Cuando los «facciosos», fuera ya del alcance de los cañones, tomaban por todo el ámbito del campo los caminos que conducen al de Morella, brotó de la ciudad de Tacubaya, un espeso enjambre de delatores.

Eran éstos gente de todas clases.

Oficiales del ejército, pilluelos, agentes de la policía secreta, soldaderas, oficinistas devotos y malignos que conocían a todos, y que, ayudados de sus mujeres, habían visto y examinado todo tras de las cortinas de su ventana.

Introducíanse sin miramientos en todas las casas, buscando ávidamente a los rezagados y los «simpatizadores».

Las puertas donde se llamaba con el mango de los sables, se abrían para dejar ver un grupo de caras pálidas y consternadas.

Entonces algunos de los denunciantes, de aspecto clerical, entraba, olfateando el rastro de la víctima.

Muchas veces, a una leve señal que le hacía con los ojos alguna caritativa señora consagrada a Dios y al Gobierno, el esbirro oficioso marchaba en línea recta al sitio donde algún liberal, urgido por la familia aterrorizada, había consentido en ocultarse.

De este modo, fuera de los muchos ciudadanos aprehendidos como sospechosos, pudieron reunirse en la prisión unos cincuenta de los que acompañaban al ejército revolucionario.

Figuraban entre ellos numerosas personas marcadas simplemente por sus relaciones de amistad con los caudillos o con los soldados del pueblo, y que hubieran escapado al filo del sable; pero el odio y las antipatías de los delatores por afición, lograban confundirlos hipócritamente con los «dispersos»; y, al grito de «¡Ese es puro!», los aprehendía un

cualquiera, y eran remitidos a la arbitraria autoridad de los vencedores.

Un piquete de gente armada penetró al Hospital y se apoderó de los oficiales heridos y de los «médicos» y «practicantes» que, fiados en las leyes reconocidas por el Código mismo de la barbarie, permanecían en su puesto, no dudando que los derechos de la ciencia, como las tristes prerrogativas de la debilidad y del dolor, serían inviolables.

Los prisioneros fueron conducidos al Arzobispado.

Todos jóvenes, algunos casi niños, entusiastas de buena fe, animados por el fuego de una idea vasta y generosa, verdaderos soñadores de un orden social que después se ha considerado imposible, se ocupaban con su natural buen humor, en comentar los pormenores tácticos de la batalla, y en su influencia sobre la marcha de los acontecimientos políticos.

Sin embargo, en un ángulo de la pieza que servía de prisión al general Lazcano y al licenciado Jáuregui, conversaban en voz baja, con marcada reserva.

Jáuregui, aprehendido en Mixcoac, donde vivía pacíficamente, era una especie de trofeo que había arrancado a una familia el insigne «Mejía», el intrépido y astuto general que dejó escapar al enemigo por aquel rumbo, sin atreverse a perseguirlo.

— Si no la perdiera yo de ambos modos—decía Lazcano—, apostaría mi cabeza a que ustedes y yo seremos igualados por el rasero de la Ordenanza. No puedo dudarle, cuando conozco a fondo el carácter de nuestros enemigos.

Miramón, que llega humillado por la derrota, y Márquez, en quien se ha personificado estúpidamente el odio terco, fanático, ciego, insaciable, buscan y tienen en nosotros el objeto que necesitan para consolar su vanidad y alimentar su sed de sangre.

— Usted tiene razón—añadía el señor Jáuregui.

Yo tengo un dato que corrobora las sospechas de usted: mi presencia en este lugar. Un licenciado a quien se aprehende y se conduce entre espadas desnudas para arrojarlo aquí, con los prisioneros de guerra, y en los momentos en que se fusila por las calles a los ciudadanos sospechosos, poco debe esperar de la clemencia de los generales.

— Aflígeme sobremanera—continuaba Lazcano—, pensar en la sorpresa que aguarda a esos jóvenes infelices, que departen tan bulliciosamente, ignorando que están contados los días de su vida. Muchos de esos jóvenes, sin ser militares, tendrán que acompañarnos en la postrer jornada.

— Señores—decía don Genaro Villagrán, somos cincuenta y dos personas, y creo que bien podríamos intentar un golpe de audacia. Si no surte efecto, nada habremos perdido con evitar las insultantes e inútiles formalidades de un Consejo de Guerra. Arrojámonos sobre la guardia.